



SEMENARIO DE SALAMANCA.

SABADO 30 DE JULIO DE 1796.

Un amigo de buen humor me convidó dias ha á ver sus haciendas poco distantes de nuestra habitacion; y mientras caminabámos recayó nuestro discurso sobre el esmero de los padres para proporcionar á sus hijos una decente subsistencia, y el agradecimiento y piedad de estos para con sus padres. Decia que de este modo se pudieran conservar y trasmitir de generacion en generacion muchas virtudes y qualidades peculiares á las familias; pero como suele de ordinario acompañar á su buen sentido una buena dosis de gracias y risa, me contó la relacion siguiente. „No me acuerdo bien, decia, en que año ó baxo que reynado sucedió que esta falta de los deberes respectivos en las familias y la falta de la mutua confianza y harmonía entre padres é hijos fuese fatal á la familia de los *Valentinos* en Alemania. Basilio *Valentino* era una persona de grande instruccion en la arte *hérmetica*, é iniciaba en los misterios de esta ciencia á su hijo Alexandrino. Pero conociendo por una grande indisposicion, que sobrevino á su salud, que su vida podia durar poco, llamó á su hijo, y desde su cama, donde hizo recostar tambien al hijo le reveló el secreto mas importante, que poseía, despues de haber mandado salir del quarto todos los criados, y haber advertido al hijo que viese si habian salido todos con todo el aparato y language de un sábio. Hijo mio, le decia, han sido muchos mis desvelos, largas mis investigaciones, constante mi aplicacion no solo para proporcionar una abundante fortuna á mi posteridad, mas tambien para que mi familia no tubiese posteridad. No te admires de lo que te digo; yo no quiero decir que tú morirás antes de mí, si no que yo no dexaré de vivir á una

contigo, y así mal se llamaría á mis descendientes *posteridad*. Atiende á el efecto de los nueve meses, que emplea la naturaleza en nuestra propagacion: nosotros no podemos ni debemos resistir á ella, sino seguirla y ayudarla: esta medicina, ó remedio, que he descubierto, necesita para prepararse todo el tiempo, que el feto está en el vientre de su madre. Mira á esta botella, y á esta cazuela: en esta véis un unguento, en la otra un liquor: en ellas se encierra una virtud tan prodigiosa que son capaces de volver el aliento á los muertos, aplicándoseles quando espiran, y darles nuevo espíritu y nuevas fuerzas: en una palabra restablecer los órganos y sentidos del cuerpo humano con la misma duracion, que tubieron desde que se formaron hasta el tiempo de la muerte. Pero hijo mio, es preciso advertirte que se deben administrar estas medicinas antes que pasen diez horas desde la última boqueada quando aun resta algun calor en el cuerpo, y este es capaz de resucitarse. Yo veo que mi cuerpo vá ya cansado con la continua aplicacion y meditacion; y te conjuro me des con este unguento apenas fallezca; y quando despues dé algunas señales de vida, derrames en mis labios un poco de este inestimable licor, porque de otra suerte la fuerza del unguento será ineficáz. Así tu podrás darme una nueva vida, como yo te dí la tuya; y desde este instante cesará la superioridad que á mi me ha competido hasta ahora como padre tuyo, y viviremos como hermanos, y prepararemos nuevos remedios para nuestros periodos respectivos de vida y muerte, segun que uno ú otro tengamos necesidad de su uso para perpetuarnos— Pocos dias despues que estos brevages fueron entregados á Alexandrino, acaeció el fallecimiento de su padre. Fué tan doloroso este acontecimiento para Alexandrino, y los primeros transportes de su sentimiento tan fuertes, que lo embargaron enteramente, y no pudo pensar en cosa alguna, ni le ocurrió siquiera aplicar el unguento prodigioso hasta que se pasó el tiempo, en

que se usaban con fruto, según la advertencia de su buen padre. La verdad es que Alexandrino era un mozo de talento, y amigo de sus placeres, y consideraba que su padre había ya vivido sobrados años por su conducta uniforme y arreglada; pero él como pobre pecador, necesitaba precisamente resucitarse para vivir otra vez, y enmendarse de los vicios de la vida anterior: y tomando consejo de sus pasiones, se propuso continuar en sus recreaciones en la vida actual, y arrepentirse de todo corazón en la que esperaba pasar de nuevo por medio de dichos medicamentos, que pensaba hacer aplicar á sí mismo, quando llegase la hora. Se ha observado frecuentemente que la Providencia castiga el amor propio de los que trabajan con una ambición desmesurada para engrandecer su posteridad, dándoles unos hijos inferiores á su carácter y grandes habilidades, de suerte que apenas consiguen mas ventaja que la de transmitir á los tiempos sucesivos su nombre heredado por unos sujetos, que con su conducta acreditan diariamente la vanidad de los afanes de sus progenitores. Esto mismo sucedió en la familia de Basilio; porque Alexandrino quando entró en posesion de sus grandes riquezas, las fué prodigando en muebles preciosos, libreas, y equipages soberbios; y esto duró hasta que se sintió con una salud estremamente debilitada y próximo á su fin. Basilio tuvo la desgracia de confiar sus secretos á un hijo, que se le parecia muy poco y quedaron sus esperanzas frustradas; y Alexandrino tuvo otro que se le parecia demasiado. A los malos es muy comun ser desconfiados—y Alexandrino, además de este carácter vicioso, tenía pruebas ciertas del mal natural y vicios de su hijo, llamado *Renato*.

Alexandrino tenía (según lo dicho) bastante motivo para no confiar sus específicos y mucho menos descubrir su virtud á ningún viviente: pensó, pues, sacar partido de los vicios que acompañan á casi todos, tentando su avaricia, y haciendo depender de ella el buen éxito del encargo

que al cabo era preciso hacer á alguno. A este efecto llamó á su alcoba á su hijo Renato, y le habló con el tono mas patetico en estos términos. — Hijo mio, aunque conozco que tu vida es bastante desarreglada, asi como ha sido la mia, que no he pensado mas que en diversion y vanidad; no puedo ocultarte la fama ó los admirables efectos de los profundos conocimientos de nuestro progenitor el célebre *Basilio*: él es bien conocido entre los filósofos, y jamás se me borrará de la memoria el ayre venerable de su aspecto, quando me dixo queria comunicarme los profundos misterios de la tabla *esmaragdina de Hermes*: Es una cosa ciertísima, decia, y lejos de toda duda que el inferior viene á ser como el superior: por él se adquieren y perficionan todos los milagros de una obra. El padre es el sol, la madre la luna, el ayre es el vientre, la tierra quien lo nutre, y madre de toda perfeccion. Cuidado hijo mio: esto es una profunda sabiduría, que debes escuchar con suma modestia y prudencia. Los alquimistas mezclan en su lenguaje ininteligible un aparato de piedad, que suele acomodarse muy bien con una pasion decidida de una avaricia sórdida, en la inteligencia que la regularidad y moderacion de su conducta en otros puntos tiene una afinidad íntima con la inocencia de corazon necesaria para lograr la felicidad eterna despues de la muerte. "Estaba pasmado Renato al oír la estraña prosa que iba zurciendo su padre, y la piedad con que la acompañaba, quando Alexandrino, reparando en la curiosa atencion de su hijo, continuó en estos términos.,, Esta fíala, hijo mio, y esta cazuela oriental acrecentarán tu patrimonio tanto, que llegarás á ser el hombre mas acaudalado de todo el Imperio de Alemania. Yo voy camino de mi sepultura, pero mi cuerpo no se convertirá en tierra:" Al decir esto procuró poner un semblante alegre, asegurándole, que si dentro de una hora despues de espirar, le untaba todo el cuerpo con aquel unguento, que poseía de su padre Basilio, y le hacia tragar el licor de la fíala, todo su cuer-

po se convertiría en oro puro. Parece escusado pintar aquí la extrema ternura de estos dos locos en tales circunstancias. Si el padre recomendaba ansiosamente la conservación de todo su cuerpo, el hijo no andaba escaso en prometerle que no llegaría á él, ni le quitaría el menor pellizco á no ser en una extrema necesidad, ó para acomodar á sus hermanos y hermanas.

Murió nuestro Alexandrino: y el heredero de su cuerpo (porque tal parece que se debe llamar según nuestra relación) no bien le hubo á las manos quando sin poderse contener por su mucho contento, le midió de abajo arriba y en todas dimensiones para calcular bien el valor, que tendría en su esperada transformación. Hasta tanto no pensó en aplicarle sus mejunges, según había quedado de acuerdo; mas quando conoció el inmenso premio de la operación, puso al instante manos á la obra. Pero qué desgracia, quando acabó de untar todo el cadáver, y comenzaba á administrarle el divino bálsamo, crugió aquel, y Renato con él susto rompió la fiala.

ÍDILIO.

A LA LUNA.

Apenas desplegado
 Ha sus velos sombríos
 La oscura noche por el vasto cielo,
 Y yo triste arrojado
 Sobre este verde suelo
 Me entrego todo á los pesares míos,
 Quando salvando la elevada cumbre
 De esas montañas ásperas, y exéntas
 Con apacible lumbré
 Al mundo, dulce Luna, te presentas.
 Confuso, y vergonzoso
 Al punto se escurece

El coro de las luces celestiales:
 Tu carro presuroso
 Por sendas eternas
 Vuela, ahuyenta la sombra, y resplandece.
 Salve ó Deidad augusta! y el mezquino
 Llanto contempla de un mortal que mira
 Tu felice destino
 Con envidiosos ojos, y suspira.

Con ojos envidiosos
 Que en un tiempo miraron
 Otros que de su mal se condolieron:
 ¡O momentos preciosos!
 Que rápidos huyeron,
 Y en que amarga ponzoña se trocaron!
 Del cano invierno el riguroso frio,
 Al agostar del campo la verdura
 En el triste amor mio
 Agostó la esperanza y la ventura.

Que diversa tu ahora
 Por las selvas sombrías
 Vienes de perseguir las crudas fieras!
 Con planta voladora
 Ellas huyen ligeras,
 Mas vanamente de las castas Drias:
 Que tu la flecha rápida lanzando,
 Quebrantas su fiereza embravecida;
 Y agonizan bramando,
 Y vertiendo el aliento por la herida.
 Magnífica victoria!
 Dignísima conquista
 Del arrogante corazon ingrato!
 De aquella cuya gloria
 Es esquivar el trato,

Y aborrecer los hombres y su vista.
 Tu lo probaste, escarnecido Alfeo:
 Y tu tambien, Acteon desventurado,
 Por tu ardiente deseo,
 En ciervo convertido, y desgarrado.

¿Mas el Cielo importuno
 Ya que el ser me prestase,
 Porque prestarme un corazon de cera?
 Porque no me dió uno
 Que de diamante fuera,
 Y á la beldad y gracia contrastase?
 ¡Ah! si esto fuera asi, no me veria
 Siempre tan desolado y abatido,
 Y con vergüenza mia
 Detras del carro del amor traído.

Atí, ó Diosa! al contrario
 Quan felice te ha hecho,
 Desvaneciéndo tu dureza esquiva,
 Este numen voltario?
 El con fuerza excesiva
 Su dardo abrasador hundió en tu pecho:
 Y el pecho que de risco antes se via,
 Entonces blandamente palpitaba,
 Blandamente gemia,
 Y en fuego blandamente se abrasaba;
 Ya Endymion se envanece,
 Porque sus dulces lloros
 Vierte por él la Luna: ¡Ay! que ya llega:
 Sus suspiros le ofrece
 Enagenada, y ciega,
 Y del eburneo seno los tesoros:
 Feliz mortal! la dicha le anegaba,
 Mirábale su amante con ternura,

Y el besaba, y gozaba,
Y el gozaba, y besaba... ¡Qué ventura!

¿Mas qué rabia tan fiera
A derramar me obliga
Involuntario llanto en dolor crudo?
Tambien yo así pudiera
En delicioso nudo
Gozar, y en brazos de mi dulce amiga
De mil delicias, y placeres bellos...
Quan grande era mi ardiente desvario...
Y que encantos aquellos...!
Ah! que amor pudo haber igual al mio?

Y el pecho desgarrarme,
Y volver en veneno
Pudo esperanza tal una perjura?
Permite el desaogarme:
Permite, noche oscura,
Que mi llanto y dolor vierta en tu seno:
Porque así desolar me, así perderme?
O porque no olvidarla?... Ay! yo la lloro
Y sin poder vencerme,
La detesto, y maldigo, y aun la adoro.

Ya de nubes velada
La Luna se retira
Al Orizonte en rápida carrera.
A dios, Deidad amada:
Endymion ya te espera,
Y por tus brazos cándidos suspira.
Ah! que envidia te tengo!... Yo entretanto
Volver mirando la rosada Aurora,
Veré volver mi llanto,
Y el insano furor que me debora.

A.